

UNA IDEA PEREGRINA

Por FÉLIX ESTEBAN CICHERO
(FRAY LINTERNA)

(Del libro "La vida en cuentos", recientemente aparecido).

Rielaban los rayos de la luna y las luces edilicias en la vera humedecida por la atmósfera. Juan Carlos Muñiz cruzaba calles con pasos presurosos. Una idea peregrina se obstinaba en proyectar mirajes optimistas en su cabeza revuelta, y preocupóse por descubrir la línea tangible que debía trazar la trayectoria de su propósito...

Al fin, penetró a su casa. La familia dormía, y se instaló en su cama sin originar ruido alguno. Siguió pensando en lo que debía resolver para el día siguiente, pues que de sobra conocía su inconsecuencia. Quinientos pesos necesitaba. ¿Dónde estarían?... Era el escalo.

Después de algunas avilaciones crueles decidió atacar la caja de un pariente. Sin reflexionar, éste lo sacó de apuros, que de haber pensado no le hubiera facilitado un cuarto, pues que bien sabía que centavo que tomaba Juan Carlos iba derecho a las carreras o al café. Cuando se dió cuenta el pariente de su generosidad involuntaria, ya era tarde; Juan Carlos pretextó haber repartido esa suma entre acreedores, lo que en rigor sólo estaba en proyecto.

Reflexionó Juan Carlos. Dedujo que el más charlatán de ellos era el tendero, a quien adañaba un par de tiradores y tres corbatas desde hacía un año. Lo citó.

—Debo a usted... ¡cuánto! —interrogó, con flemas bien fingidas, cuando hubo llegado el tendero a la cita.

Vació el comerciante, pero a poco se dió cuenta de que el "poeta" se aprestaba a pagar. Respondió entonces:

—Creo que... siete pesos... ¡A ver!... Eso es, sí; siete...

Juan Carlos, con gravedad de hombre bursátil, tomó un lápiz y calculó el 7% anual sobre los siete pesos.

—Bien—dijo.—Aquí está su cuenta saldada.

—Sobra...—objetó el tendero.

—Es el interés; vaya usted tranquilo...

Sin embargo, el tendero dudaba... ¿Cómo ese derroche en este hombre que debía una vela... a cada comerciante del barrio? No se decidía a retirarse. ¿Qué decir, para conceper la procedencia de tal dinero? Y abordó el hombre por donde mejor le pareció.

—Ya sabe, señor, que el crédito de mi casa sigue abierto para usted... —Aunque se cerró cuando fui pobre, —reprochó con intención Juan Carlos.

—¡Cuando era pobre!... —no pudo menos de proferir el comerciante, y continuó con anhelo de investigar:— ¡Que ya no es usted pobre!... Pues... ¡que ignoraba yo esto!...

Era el momento oportuno. Juan Carlos atacó de firme:

—¡Cómo! ¡no sabe usted!... Si a esta hora todo el mundo conoce mi suerte!

—A fe, a fe, señor...

—¡Es posible!... Pero noto que ignora de verdad que me tocaron cien mil pesos en la última jugada...

—¡Oh! ¡oh!—monosilabó con asombro egoísta el tendero.

—Fume usted a costa de los cien mil; —agregó Juan Carlos alargando un cigarro de hoja habana.

Se marchó el tendero, previos saludos y cortesías que cien mil pesos imponen, por lo corriente, a las gentes. Al día siguiente de esa escena, todo el barrio sabía que el "poeta" era poseedor de una fortuna, y aunque se

comentaba que le había tocado en suerte la "grande", se empeñó la opinión en contar que esa fortuna era herencia de un tío fallecido en París hacía un año, lo cual debía ser muy cierto, pues lo aseguraba Pirucha—la hija única de cierto señor Romero, hacendado, viudo y de dinero contante.

Juan Carlos pasó a ser la nota de palpitante actualidad que el barrio comentaba con adulón egoísmo. Y Pirucha, aquella chica que preocupaba a todos los botarates con guantes que acertaban a conocerla, fuere por nombre y referencias al menos, opinó, en una tertulia que ofreciera en su casa el doctor Ferraco, que Juan Carlos no era tan mal poeta como la crítica de la gente profana a la literatura afirmaba, y que el detalle de que sólo escribiera en los periódicos de esa zona, no justificaba sino una adhesión sincera por todo lo humilde... Y fué defensa tan gentil la de Pirucha, que el doctor Ferraco declaró desear recibir la visita del joven poeta, ahora pronunciado este título sin la ironía de antes.

Entre tanto, cada acreedor que visitaba a Juan Carlos, se retiraba de casa del deudor con la cuenta saldada y el interés bancario que honestamente impuso, Juan Carlos, liquidar en su contra.

Un día cundió, con asombro de las gentes de la zona, la noticia de que Juan Carlos se había comprometido con Pirucha, nada menos que con Pirucha, orgullosa hasta el punto de haber rechazado la petición de su mano, que no se sabía cuántos doctores e hijos de hombres prestigiosos en la política habían formulado. Y esto, sólo Pirucha se lo explicaba... ¡Como que sus pretendientes, abogados e hijos de políticos, sólo poseían sus títulos o el reflejo de los diplomas de sus padres!... El señor Romero, que no era ni diputado ni abogado, compartía con las más grandes figuras de la sociedad... y más de una vez había explicado a su hija que ni los doctores ni los políticos hacían fortuna hasta los cuarenta años de edad, por lo común, salvo alguna herencia que se erizara al paso de sus sospechas... ¡Ella, con diez y ocho años, casarse con un viejo!...

Por su parte, Juan Carlos, hizo cálculos, no sin experimentar más de tres sacudones de nerviosidad. Reptió la visita a su pariente, y le expuso lo ocurrido y por ocurrir. El pariente, que observó la medida muy lógica, prestó sus bienes para fuerza de res-



Sus niños, Señora...

estarán contentos, si Vd. les da la oportunidad de saborear a su antojo el

Dulce Crema de Leche. "GRANJA BLANCA"

Es Sano, Delicioso y Altamente Nutritivo. Su consumo, aunque con exceso, les hará bien. Hecho con pura Crema de Leche y azúcar refinada, está envasado y esterilizado bajo la más rigurosa higiene.



ponsabilidad, y se fijó fecha de matrimonio. Tres meses de inquietud quedaban.

Por de pronto Juan Carlos dejó de escribir versos, porque ser poeta no es cosa seria, y poco propia para hombre que se dedica a lo bursátil y traza fuertes sumandos diariamente.

Y llegó, así la hora...

Resplandecía por las ampollas eléctricas la mansión del hacendado Romero. En las mullidas alfombras se amortiguaban los pasos, y las voces se oían nítidamente. ¡Una maravilla!... Penetró el sacerdote, se ofició el acto religioso, y Juan Carlos sintióse más tranquilo, puesto que ese era el último escalón... Y pudo notarse que en su sonrisa se disefaba una mueca de extraña hilaridad... Terminada la ceremonia, la orquesta regó de armonías la sala mientras que, en un rincón del vestíbulo, el hacendado Romero secaba una lágrima que hostil corría por su cara.

COMPRENSIÓN

Ya que el Amor me sobra, Dolor, yo lo regalo;
de Amor yo soy un báculo divinamente lleno.
Si acaso no fuí amable, si acaso he sido malo,
yo quiero hacerme bueno, serenamente bueno.

Dolor, también tú sobras, mas por ignoto encargo,
no esperes que te ofrezca ni menos que te expulse;
si bien dicen las almas que tú eres siempre amargo,
en mí yo te hice música, y en mí yo te hice dulce.

Entre el penar del mundo, melílico y sereno
soy un jazmín abierto; tan sólo Amor exhala;
como el Amor me sobra, Dolor, me siento bueno;
como el Amor me sobra, ya ves, yo lo regalo.

José E. PEIRE.

Hacia las seis de la mañana sigilente, un sol hermoso abrió brecha a sus rayos alegres por entre los ojales de las cortinas. Pirucha y Juan Carlos habían pasado la primera noche de su luna de miel en un hotel de la metrópoli, y por un capricho del amor, decidieron ocupar una habitación en cuarto piso y dejar paso libre al fulgor débil y sutil de las estrellas, no cerrando los postigos de las puertas de salida al balcón. El indiscreto calor de aquellos rayos del sol sentaron plaza sobre las mejillas violáceas de los recién casados, y los despertó. Luego de algunos minutos propios de la circunstancia, Juan Carlos, por indicación de Pirucha y previo llamado, pidió los diarios matutinos al lacayo que acudió. Dos le fueron entregados al instante. Ella, con inteligencia realmente aunque somnolienta aun los ojos, recorrió las noticias sociales en busca de la crónica de su boda; y allí estaba. Inició su lectura con voz seca, y él hojeaba el segundo de los diarios. Se detuvo en las notas teatrales sin leer, contestando con entrecortadas frases de falsa admiración a las interrogaciones de Pirucha, que lo cargaba un tanto con sus necesidades sociales. De pronto, y cuando ella se aprestaba a reprochar a Juan Carlos la indiferencia con que la escuchaba, notó que una palidez marmórea y un gesto de asombro horrible se había impreso en la cara de su esposo. Interrogólo con ahínco y mimo, mas él, con argumentos evasivos, pretextó sentirse algo mareado.

—No es nada, Pirucha. La noche... las agitaciones...

El diario que Juan Carlos leía, cayó de sus manos al suelo. A pocos centímetros de la sección teatral, estaba la de tribunales, y allí, con subtítulo en negrita, se daba cuenta del pedido de quiebra de la firma del hacendado Romero por varios acreedores...